

EXPANSION DEMOGRAFICA Y CONTROL DE LA NATALIDAD

POR

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGÜÑA.

La explosión demográfica es un hecho incuestionable. La Humanidad que había crecido a razón del 0,04 por 100 anual desde la Era Cristiana lo hace ahora en un 2 por 100 anual, llegando en algunas naciones al 2,5 e incluso al 3 por 100.

Miles y miles de años pasaron desde que apareció el hombre sobre la tierra hasta el comienzo de la Era Cristiana. Entonces la familia humana pudo considerarse compuesta por 250 millones de habitantes. Mil seiscientos años después esa cifra se había duplicado. Trescientos cincuenta años más y se ha pasado ya de los 3.000 millones de habitantes. Este crecimiento de la población mundial ciertamente no pasó inadvertido, y la figura agorera de aquel pastor protestante que se llamó Malthus planteó una ley cargada de amenazas: la población tiende a multiplicarse en progresión geométrica y los alimentos solamente en progresión aritmética. El final es entonces fácilmente previsible y, por tanto, la explosión demográfica un mal que es preciso combatir a toda costa.

¿Cómo se había llegado a esta situación a comienzos del siglo XIX? (Malthus escribió su *Ensayo sobre el principio de la población* en 1798.) El hombre había venido reproduciéndose prácticamente sin otras limitaciones que las que imponía la naturaleza y que ciertamente no eran pocas. La escasez de alimentos provocaba una nupcialidad reducida. Las guerras y el constante estado de inseguridad mermaban considerablemente hombres y haciendas. Y sobre todo el altísimo índice de mortalidad era un auténtico freno a la expansión demográfica.

Se conocían también desde antiguo atentados directos a la

procreación, bien directamente contra la vida ya engendrada —prácticas abortivas—, bien impidiendo la concepción misma o buscando en prácticas viciosas —homosexualismo, masturbación, etc.— satisfacciones sexuales.

Desde el pecado de Onán que nos relata la Sagrada Escritura (1), aparecen testimonios de historiadores, médicos y moralistas en este sentido. Polibio, Soranos, el rabino Meir, San Jerónimo, Santo Tomás de Aquino, Pierre de la Palud (2), etcétera, nos dan cumplido testimonio de prácticas más o menos usuales. Sin embargo, lo normal era el obrar conforme a la naturaleza, salvo en contados momentos de civilizaciones decadentes (3).

Los abundantes nombres latinos de Octavius y Decimus, que claramente aludían al octavo y décimo hijo; nos muestran que abundaban las familias numerosas. Y así se llegó, con esta lucha entre la vida y la muerte, en la que la primera triunfaba por escaso margen —250 millones de seres fue el aumento en dieciséis siglos— a la primera explosión demográfica que tuvo lugar en Europa a finales del siglo XVIII. Fueron sus causas la revolución industrial con sus enormes avances técnicos y económicos y el progreso de la medicina, que hizo que cayese en picado la tasa de mortalidad. De este modo, la población del mundo, que en 1650 se calculaba en 545 millones; pasó a 728 millones en 1750, 1.171 millones en 1800, 1.608 millones en 1900, 2.400 millones en 1950 y hoy sobrepasa los 3.000 millones de habitantes. En los quince últimos años aumentó tanto como en los mil seiscientos que van desde el primero de nuestra Era hasta el siglo XVII (4).

Esto, decíamos al principio, es un hecho. Ante él, la civilización materialista ha reaccionado con una doctrina que, recordando al profeta de desgracias que fue Malthus, se bautizó con el nombre de neomalthusianismo. Aunque con una diferencia. El pastor pro-

(1) Cfr. *Gen.* 38, 6-10.

(2) Cfr. el magnífico libro de Martín Brugarola, S. J.: *Sociología y Teología de la natalidad*. Edit. Studium. Madrid, 1967.

(3) *Rom* 2, 14 y 15.

(4) Los datos están tomados de la citada obra de M. Brugarola.

testante señalaba la continencia como el método a seguir. Los neomalthusianos es el único método que no toman en consideración.

De este modo un extenso movimiento de planificación familiar se fue extendiendo por los países más avanzados técnicamente y sobre todo en el mundo anglosajón y en los países del Norte de Europa. Comenzaron a proliferar clínicas y centros informativos, libros y publicaciones. Y el *leit motiv* de todos sus argumentos es la imposibilidad del mundo para alimentar a la futura población.

Los efectos de esta campaña no tardaron en dejarse sentir, y la tasa de natalidad decayó considerablemente, aunque no de un modo constante. Si comparamos datos de 1950 con otros de 1962 referentes a naciones de la Europa occidental (5), nos encontramos con que de siete países que tenían su tasa de natalidad por encima del 2 por 100 en 1950, son solamente cinco. Islandia, Portugal, Irlanda, España y Holanda, los que la mantienen en 1962, llegando a ser en Suecia del 1,4 por 100. Si tenemos en cuenta que el índice sueco en 1900 era del 2,7 vemos que se ha reducido a la mitad.

Esta caída del índice de natalidad que observamos en las naciones desarrolladas, intenta exportarse a los países en vías de desarrollo como solución a sus problemas demográficos. La reciente postura de McNamara ante el Banco Mundial es un paso más en el intento de imponer a los países en vías de desarrollo una postura de decidida actuación sobre la natalidad. Aunque no deberíamos olvidar que "el delegado ruso, en la relativamente reciente reunión de la Comisión económica de las Naciones Unidas para Asia y el Extremo Oriente, ha proclamado que "la clave del progreso no está en la limitación de la población por medios artificiales de control de los nacimientos, sino en una rápida victoria sobre el retraso económico de esos países" (6).

(5) Cfr. *Sociología y...*, pág. 137.

(6) Declaración colectiva del Episcopado estadounidense, 26-XI-59, *Ecclesia*, 27-II-1960, núm. 972, página 15.

Ante esta situación hemos de preguntarnos: ¿La postura del pesimismo neomalthusiano está justificada? Creemos poder afirmar, con muchos ilustres investigadores, que no (7).

Como el catedrático chileno Hübner afirma (8): "A la explotación, cada vez más productiva, de la tierra podemos añadir hoy día las ilimitadas posibilidades alimenticias del océano y las nuevas y fabulosas síntesis de valor alimenticio que está aportando el progreso de la química." Y Colín Clark, en su reciente libro *Population Growth and Land Use* (9), estima que la tierra, con sus actuales recursos técnicos, puede alimentar a una población de 47.000 millones de personas —16 veces la actual— con un nivel similar al de los Estados Unidos, y a 150.000 millones (50 veces la actual) a un nivel semejante al padrón asiático.

"El oscuro vaticinio de Roberto Malthus, tantas veces refutado por los hechos, ha gozado, sin embargo, de una aceptación tácita tan general como difusa, acaso más que por su simplismo catastrófico porque es pretexto para el desencadenamiento de los egoísmos (10).

Estas perspectivas optimistas no pueden hacer olvidar que una gran parte de la Humanidad está pasando hambre. Es un problema distinto. De mala distribución de la riqueza, de egoísmo de los países capitalistas, de falta de cooperación a escala internacional de dedicación de recursos a actividades bélicas.

Podríamos hacer interminable la lista de autores que comparten esta visión optimista: Josué de Castro, Spilhaus, Ferenczi, Oppenheimer, etc. Ni el miedo a un mundo inhabitable, ni la imposibilidad del desarrollo imponen, pues, el control de la natalidad. Este es, sin embargo, el camino fácil y egoísta. No es de extrañar que sea preconizado en estos momentos poco partida-

(7) Cfr. *Sociología y...*, págs. 252 y sigs., y *El mito de la explosión demográfica*, por Jorge I. Hübner Gallo. Edit. Joaquín Almendros. Buenos Aires, 1968, págs. 16 y sigs.

(8) *El mito...*, pág. 19.

(9) Citado por Hübner, *op. cit.*, pág. 20.

(10) Fernández de la Mora, Gonzalo: *Blanco de los buitres de Malthus*, "ABC", 19-X-1961, edición de la tarde.

rios de sacrificios tan bien expresados en estas palabras de Pablo VI: "En vez de aumentar el pan en la mesa de la humanidad hambrienta, como lo puede hacer hoy el desarrollo productivo, piensan algunos en disminuir, con procedimientos contrarios a la honradez, el número de comensales. Esto no es digno de la civilización" (11).

¿Cuál ha sido la postura de las Iglesias cristianas ante estas tendencias neomalthusianas?

Hasta la conferencia de Lambeth de 1930 (12) la actitud de las Iglesias cristianas había sido unánime frente a los sistemas anticonceptivos. Esta unanimidad se rompió a partir de entonces, y hoy en día las iglesias salidas de la Reforma admiten estos sistemas. Se mantuvieron, en cambio, decididamente opuestas la Iglesia católica y la ortodoxa. A partir de 1963 —estamos en pleno Concilio— comienzan a aparecer opiniones en el mundo católico favorables a los medios anticonceptivos. El P. Schillebeeck (13) fue uno de los pioneros que se lanzaron por este camino, hasta esas fechas virgen para los teólogos católicos. Desde entonces, y pese a las reiteradas declaraciones de Pablo VI (14)

(11) Pablo VI, Radiomensaje de Navidad, 23-XII-63, *Ecclesia*, 4-I-64, pág. 5, núm. 1.173.

(12) Cfr. *Sociología y...*, págs. 99 y sigs., 123 y sigs., 133 y sigs., 140 y sigs., 149 y sigs. y 161 y sigs.

(13) Cfr. *De Naturwert in Verband met de Katholieke Muweig Ksopvatting* (en "Saarboek der Katholieke Theologen". Hilversum, 1963, 5-15). Citado en *Sociología y...*, pág. 497.

(14) Mensaje de Navidad de 1963 (*Ecclesia*, 4-I-64, núm. 1.173, página 5). Discurso al Colegio Cardenalicio, 23-VI-64 (*Ecclesia*, 4-VII-64, núm. 1.199, pág. 9). Discurso a los miembros de la Comisión nombrada para el estudio de los problemas de la natalidad: marzo de 1965 (*Ecclesia*, 1965, t. I, pág. 527). Discurso al Colegio Cardenalicio, 24-VI-65 (*Ecclesia*, 1965, t. II, pág. 973). Discurso a las Naciones Unidas, 4-X-65 (*Ecclesia*, 1965, t. II, pág. 1.408). Discurso al Centro femenino italiano, 11-II-66 (*Ecclesia*, t. I, págs. 313-315). Discurso al Colegio Cardenalicio, 24-VI-66 (*Ecclesia*, 1966, t. II, pág. 961). Discurso al LII Congreso Nacional de la Sociedad italiana de Obstetricia y Ginecología el 29-X-66 (*Ecclesia*, 12-XI-66, núm. 1.316, pág. 6).

reafirmando la doctrina católica, no faltaron defensores de los sistemas en cuestión.

Entre los que más se significaron en esta postura aperturista se pueden citar a Monseñor Roberts, ex arzobispo de Bombay, que en repetidas ocasiones defendió la licitud de vías hasta entonces prohibidas, y a Monseñor Reuss, obispo de Mayence (15).

En este estado de cosas, el 25 de julio de 1968 el Papa firmaba la Encíclica *Humanae Vitae* (16). Encíclica que iba a ser el documento papal más discutido de los últimos tiempos. En ella se confirmaba de modo pleno, "habiendo examinado atentamente la documentación que se nos presentó, y después de madura reflexión y de asiduas plegarias" (17), la doctrina tradicional de la Iglesia y concretamente "queda excluida toda acción que, o en previsión del acto conyugal, o en su realización, o en el desarrollo de sus consecuencias naturales, se proponga, como fin o como medio, hacer imposible la procreación" (18).

La Encíclica *Humanae Vitae* ha hecho que importantísimas cuestiones referentes a la doctrina católica aparezcan a público debate. Creo que en estos momentos de confusión sería muy interesante hablar de la autoridad del magisterio pontificio, puesto en duda por no pocos que se dicen católicos y que ha llevado incluso a que algunos pidiesen la dimisión del Papa. Considerar la doctrina de la autoridad, tanto pontificia como episcopal, hoy que vemos catedrales y seminarios ocupados por sacerdotes que se oponen a sus obispos, y siempre alegando un poder constituyente como representantes que se dicen del pueblo contrariamente a la doctrina católica que ha defendido siempre en la Iglesia un poder monárquico como directamente instituido

(15) Barbara, Noël: *Sur le pastoral du mariage: "Itinéraires"*; marzo 1967, núm. 111 (reproduce el artículo publicado por Mons. Reuss en *Choisir*, dic. 1966, núm. 85-86).

(16) Zalba Marcelino, S. J. *La regulación de la natalidad*. Texto bilingüe de la Encíclica, Fuentes del Magisterio y Comentario. BAC, Madrid, 1968.

(17) Pablo VI: "Humanae Vitae" 6. *La regulación...*, pág. 27.

(18) Pablo VI: "Humanae Vitae" 14. *La regulación...*, pág. 36.

por Jesucristo. Estudiar el fundamento de la doctrina católica sobre el control de la natalidad en la Ley natural, pero entendida ésta como norma objetiva, promulgada por Dios e inscrita en la naturaleza del hombre, según el pensar de la más calificada escuela católica y no como "la expresión de la conciencia colectiva de la humanidad", según afirmó, muy recientemente, un conocido obispo europeo (19). Todos estos temas y otros muchos que con la *Humanae Vitae* se están suscitando nos llevarían muy lejos y nos alejarían del propósito concreto de esta exposición. Pero en estos tiempos, en los que cada persona se considera con absolutos derechos para pontificar sobre todo lo divino y lo humano, es necesario más que nunca el estudio serio y esa virtud cardinal que hoy parece ya casi desaparecida y que se llama prudencia. Y los que se pretendan católicos, en estos días en que la libertad religiosa no obliga a serlo —dejando aparte, naturalmente, la obligación moral—, conviene que piensen que solamente se puede ser católico cuando se está en comunión con Roma. Lo contrario, el libre examen, dio lugar en el siglo XVI a aquel movimiento que se llamó la Reforma y que en algunos casos fue casi un juego de niños en comparación con lo que postulan determinados católicos.

Veámos, pues, que la *Humanae Vitae* excluía la utilización de los anticonceptivos. En el mismo párrafo, unas líneas antes, confirmaba la absoluta prohibición del aborto y de "la esterilización directa, perpetua o temporal, tanto del hombre como de la mujer" (20). Queda, pues, como único medio permitido para regular el número de hijos la continencia o el uso del matrimonio en los períodos infecundos (21). Sobre estos dos términos se han de edificar la paternidad responsable. Esto es, al menos, lo que postula la Iglesia.

Al cortar la Iglesia católica este camino fácil del control de

(19) Mons. Paul-Joseph Schmitt, Obispo de Metz, *Boletín Diocesano*, núm. 150, 1-V-68, pág. 2. Citado por Jean Madiran: *La septième proposition: "Itinéraires"*: julio-agosto 1968, núm. 125, págs. 75 y sigs.

(20) Pablo VI: "Humanae Vitae" 14. *La regulación...*, pág. 36.

(21) Pablo VI: "Humanae Vitae" 16. *La regulación...*, pág. 39.

la natalidad es mi opinión que ha hecho a la humanidad un servicio impagable. Las repercusiones que los procedimientos, tanto químicos como mecánicos, tenían en la vida de la sociedad nos presentaban un cuadro realmente amenazador. Vamos a analizar algunos de estos aspectos, lo que será el mejor modo de apreciar en su verdadero valor el gesto valiente, responsable y providencial de Pablo VI.

Los efectos patológicos de los anticonceptivos, tanto químicos como mecánicos, no están todavía suficientemente estudiados. Sin embargo, no pocos especialistas han alzado su voz contra peligros ya detectados. Así Chauchard afirma "Si los procedimientos mecánicos son relativamente menos peligrosos, por el contrario, los nuevos procedimientos químicos son mucho más terribles; no impunemente se desequilibra la endocrinología femenina y los productos esterilizantes no solamente tienen efectos localizados en los gametos" (22).

Efectos circulatorios y psíquicos, trastornos de coagulación, náuseas y vómitos son atribuidos cada vez más abundantemente a los procedimientos anticonceptivos por especialistas en la materia (23). La opinión del Dr. Botella (24), uno de nuestros más eminentes especialistas, es total mente contraria al uso de estos procedimientos.

Las prácticas neomalthusianas ejercen también una perniciosa influencia disgénica, como afirma Jorge I Hübner (25) aduciendo testimonios de investigadores como el japonés Matsunaga, el chileno Cruz-Coke y el norteamericano Dudley Kirk. El Dr. Cruz-Coke llega a afirmar que "es difícil concebir la existencia de otro proceso artificial más terriblemente maligno para la vida misma" (26).

(22) Chauchard: *St. Luc Medical*, 1959, núm. 1, págs. 55-56. Citado en *Sociología y...*, págs. 353 y 354.

(23) Cfr. *Sociología y...*, págs. 351 y sigs.

(24) *Ecclésia*, 1966, I, págs. 214 y 215.

(25) *El mito de...*, pág. 136.

(26) Cruz-Coke, Dr. Ricardo; *Revista Médica de Chile*, vol. 95, núm. 9, septiembre 1967, pág. 551. Citado en *El mito...*, pág. 136.

Las influencias de tipo genético son principalmente de dos clases. En primer lugar se reduce la natalidad en las clases mejor dotadas y más sanas, que son las que pueden utilizar estos procedimientos. En segundo lugar, las mujeres jóvenes, en edad ideal para tener hijos, posponen éstos a la independencia que proporciona el no tenerlos, y cuando llegan a edades en las que el organismo no está ya tan bien capacitado es cuando intentan tener alguno. Combinando los dos procesos no pueden conducir a otro fin que al de una, más o menos rápida, degeneración de la especie.

En el aspecto demográfico, el control artificial de la natalidad lleva a un envejecimiento de la población, con todos los perjuicios sociales que esto acarrea: Dificultad de acceso de la juventud a puestos que ya están ocupados, con lo que se rompe ese doble juego de progreso y tradición, de impulso y experiencia, tan necesario para la vida social.

El aumento de los ancianos sobre los jóvenes implica también consecuencias de tipo económico. Como señala el profesor Hübner (27). "Los capitales tienden a canalizarse en inversiones que no exijan mayores esfuerzos ni sobresaltos: propiedades de renta, bonos del Estado, depósitos a interés, etc. Disminuye la iniciativa para crear nuevas empresas o incrementar las existentes. El ritmo del ahorro y la capitalización disminuye, porque los matrimonios sin hijos, o con escasa descendencia, tienen poco aliante para sacrificarse trabajando y atesorando para un futuro que ya no les preocupa mayormente. La mano de obra se va reduciendo cada vez más y se hace necesario recurrir a trabajadores extranjeros para satisfacer las demandas de la agricultura, la minería y la industria. Los jefes de producción y los obreros siguen las rutinas establecidas y rehuyen, por temor y por comodidad, la modernización de las maquinarias o de los métodos de trabajo. Los grupos pasivos de la población, que se han acogido a las pensiones de retiro, aumentan considerablemente en relación al volumen, siempre en descenso, de las clases ac-

(27) *El mito de...*, pág. 135.

tivas, que deben soportar al respecto una carga cada vez más gravosa. El sector terciario, la burocracia y los gastos de la seguridad social crecen en forma desmesurada, en perjuicio de las inversiones productivas, para poder mantener una elevada proporción de ancianos."

No son más halagüeños los efectos morales del control de la natalidad. "La Civilización de la píldora, continúa señalando el Profesor Hübner (28), se caracteriza por el egoísmo, la falta de responsabilidad, el ansia inmoderada de placer y la disolución de las costumbres." Es un camino para la infidelidad conyugal y para la degradación de la moralidad "al disociarse el placer sexual de la responsabilidad que su fin natural comporta" (29). Se rebaja la dignidad de la mujer, que llega a ser considerada como un simple objeto de placer, etc. Todo ello son consecuencias lógicas de la abdicación de responsabilidades inherentes al hombre.

A todo esto ha puesto un freno la Encíclica *Humanae Vitae*. Aunque importa señalar que no han sido estas motivaciones, con ser muy graves, las que han llevado a la Iglesia a rechazar una vez más, y de modo inequívoco, el control artificial de los nacimientos. La Iglesia ha prohibido estas prácticas porque son antinaturales. Y ella es la custodia del orden natural (30). Lo que ocurre es que siempre que el hombre se aparta del orden querido por Dios, la consecuencia es el desorden. Este desorden, o, por lo menos, algunos aspectos del mismo, es el que hemos visto en esta exposición. Pablo VI ha intentado con su Encíclica vencerlo. A la humanidad, a todos nosotros, corresponde seguir sus directrices en la seguridad de que de este modo seguimos la voluntad de Dios y, además, trabajamos por la sociedad humana en "una materia relacionada tan de cerca con la vida y la felicidad de los hombres" (31):

(28) *El mito de...*, pág. 137.

(29) *Sociología y...*, pág. 361.

(30) Cfr. Pío XII: *Alocución Magnificate Dominum*, 2-XI-54; ASS 46 (1954), 671-672. Juan XXIII: *Mater, et Magistra*, 15-V-61, AAS 53 (1961), 47.

(31) Pablo VI: "*Humanae Vitae*" 1. *La regulación...*, pág. 21.